

CRÓNICA

XIV SIMPOSIO NACIONAL DE ESTUDIOS CLÁSICOS

Del 17 al 20 de septiembre de 1996 se realizó en la ciudad de San Fernando del Valle de Catamarca el XIV Simposio Nacional de Estudios Clásicos organizado por la Universidad homónima y auspiciado por la Asociación Argentina de Estudios Clásicos (A.A.D.E.C.).

La Universidad de Catamarca es joven, pero realizó un Simposio maduro, ya que esta juventud no le surge de la nada, sino de un suelo ya fertilizado por un Instituto del Profesorado de acendrada raigambre en el noroeste andino, cuya carrera de Letras contó con profesores señeros del resto del país, allí radicados, muchos para enseñar lenguas y disciplinas clásicas, transmisores de saber, dedicación, fervor y también libros, difíciles de adquirir en este campo tan especializado.

Los Simposios realizados en el interior tienen un estilo propio que traduce cordialidad, afecto, hospitalidad y una gentileza típica, combinados en este caso, con ejecutividad y eficiencia.

La Comisión Organizadora presidida por la Lic. María Matilde Soria de Melo y el secretariado de la Prof. Graciela Toledo, incluyó a docentes de otras carreras y funcionarios de apoyo. Todos dieron un ejemplo de entrega y solidaridad evidenciando que la comunidad académica entera se volcó con un solo objetivo y logró un acontecimiento único en un momento económico y financiero muy difícil, consiguiendo auspicios, adhesiones y colaboraciones de autoridades educativas nacionales, provinciales, consulares, municipales, empresas, comercios, Unión Latina, A.A.D.E.C.

Además de las dos profesoras mencionadas no haremos nombres para no ser injustos, pero queremos resumir en uno, quien -creemos- tiene la representación y el decanato de todos, por su calidad humana, su saber y su actividad multifacética, ya apreciada en encuentros anteriores: el del profesor José Horacio Monayar, siempre sorprendente con sus insospechadas habilidades y noble gentileza.

La sesión de apertura en el Aula Magna Prof. F. E. País fue solemnizada con la presencia de autoridades nacionales, provinciales, eclesiásticas, locales y asistentes al encuentro académico.

La Lic. M.M. Soria de Melo pronunció el discurso liminar dando el sentido del XIV Congreso y sus lineamientos generales. Por otra parte homenajeó a A.A.D.E.C. en sus bodas de plata con una bella plaqueta brindada por los organizadores del encuentro catamarqueño, destacando que nuestra asociación con sus

una vez más en la tibieza de la noche catamarqueña un compromiso vigoroso y pleno de fervor con los ajetreados, magníficos y discutidos estudios clásicos.

Esperamos para común provecho que se puedan publicar las Actas y que en el XV Simposio nos encontremos en la Universidad Nacional de Cuyo, próxima sede.

M.D.B.

LOS MACEDONIOS

Auspiciada por las más altas autoridades de Grecia y de nuestro país y organizada por funcionarios y museólogos helénicos y argentinos, la exposición sobre los macedonios propuso sin duda, uno de los actos culturales de más elevada jerarquía que presenciamos entre el 24-6- y el 8-9-96 en el Museo Nacional de Arte Decorativo, marco espléndido para un patrimonio único y excepcional.

Esta muestra itinerante ha visitado las principales ciudades de Europa y los E.E.U.U., teniendo Buenos Aires el privilegio de ser la única capital latinoamericana que la acogió, merced a la esforzada gestión del embajador de Grecia en la Argentina.

Es la primera vez que recibimos del Viejo Mundo un envío arqueológico y artístico de tal magnitud por la cantidad, calidad y diversidad de lo expuesto.

La presentación de 361 objetos provenientes de 15 museos macedónicos se acompaña con numerosos mapas, planos, grabados, fotografías, aerofotografías, maquetas, referencias escritas, etc. necesarias para ubicar cronológica y espacialmente al visitante dándole una ilusión de coetaneidad con las solemnidades y la vida cotidiana de un pueblo, brotadas del fondo de los tiempos.

La exposición implica un homenaje al prof. Manolis Andronikos, fallecido en 1992, el mejor conocedor de los secretos custodiados bajo el suelo del norte griego, a quien la Macedonia le debe la resurrección de su más destacado patrimonio arqueológico y la formación de sus investigadores desde la cátedra de la Universidad de Salónica; sin Manolis Andronikos, su *alma mater*, esta exposición sería un irreal.

Pese a la movilidad de las fronteras de un estado en expansión, la investigación se ha concentrado en los límites iniciales constituyendo la arqueología la única fuente documental hasta el siglo IV a. C., frente a la carencia de textos escritos, lo que no ocurre en el sur; sin embargo esta falencia no ha impedido que desde la Antigüedad, la región fuera una con los helenos meridionales; ya decía Estrabón en verdad Macedonia es Grecia.

Hasta 1912 el territorio sufrió la ocupación turca siendo escasas las excava-

ciones iniciadas en el siglo XIX y la publicación de los resultados, pero hay que destacar por su continuidad a T.L. Tafel que redactó en latín todos sus hallazgos macedónicos.

Los descubrimientos espectaculares del sur han opacado los del norte y es por eso que, recién después de la guerra del 14 y de la liberación, la investigación adquiere continuidad y brillo, debido a arqueólogos franceses e ingleses y a posteriori griegos, renaciendo un nuevo impulso a partir de 1977 con las excavaciones de Vergina.

El cronograma de los objetos expuestos abarca varios períodos desde la tardía edad de bronce (siglo XII a. C.) hasta la época romana (siglo I a. C.) evidenciando que la región fue una encrucijada entre los Balcanes y el oriente asiático.

La muestra se abre con cerámica mate grabada con incisiones o motivos geométricos, hachas dobles y cuchillos de bronce, piezas las más antiguas de la presentación.

No podemos enumerar los repositorios de cada período ordenadamente, por eso vamos a destacar hallazgos parciales, cercenando en la reseña la referencia a un conjunto totalmente valioso.

La vitrina de las monedas contiene una espléndida selección de plata y oro de los siglos VI a II a. C. grabadas en ambas caras; testimonian creencias religiosas con sus efigies divinas o representan productos locales, nombres de ciudades, perfiles de reyes, atletas, caballos, etc. y asombran algunas por la perfección de sus cuños.

Las estelas grabadas en mármol o piedra porosa con inscripciones votivas, funerarias, religiosas, administrativas, militares o tratados de paz llaman la atención por la regularidad y nitidez de sus trazos.

La cerámica con su infinita variedad de formas y nombres está representada por innumerables vasijas desde las primitivas hechas a mano, carentes de decoración o con incisiones más o menos irregulares de superficie mate, luego las trabajadas al torno de arcillas pulidas con dibujos geométricos o aplicación de barnices ocres rojos o negros en trazos simétricos hasta las formas más perfeccionadas y originales con figuras negras sobre fondos naturales ocres, o rojas sobre barnices negros brillantes o alabastrones de fondo blanco, todos con escenas míticas, o piezas de vidrio de los siglos VI y V a. C. de color azul con guardas amarillas, naranjas o celestes con o sin tapa.

El período clásico luce pleno de esplendores con vajilla de bronce de asas móviles, sartenes, situlas o jarras, lámparas, picaportes con decorado de figuras y guardas, en fin, "labrados a maravilla" y dos cascos de bronce de tipo corintio de gran sobriedad y restos de oro en el cubrenariz evocadores de héroes y combates homéricos como así también un par de grebas defensivas devenidas objeto funerario.

De Dervení, cerca de Salónica, proviene vajilla de plata muy refinada y con

multiplicidad de piezas en excelente estado: copas diversas, cántaros, vasos con filtro y tapa, fialas con hojas lanceoladas en relieve y aplicaciones de oro, coladores para vino, cazos para trasiego de bebidas, etc. con bellísimas decoraciones.

Gran parte de estos tesoros han estado depositados en santuarios y cementerios de antiquísimas ciudades como Eaná, coetánea con Troya; Egés, antigua capital que tuvo en Vergina su necrópolis real; Díon, ciudad sagrada; Pella, capital desde el siglo IV a. C. con Arquelao, Filipo II y Alejandro Magno; Salónica, riquísima en hallazgos y reliquias conservadas en medio del ejido actual; Olinto, con planta urbana cuadrículada; Anfípolis, Tasos, Filipos, Derveni y tantas otras. Sólo las alhajas y adornos femeninos de exquisita orfebrería, máscaras funerarias, coronas y otras piezas de oro que llegan en los períodos clásico y alejandrino a una perfección y complejidad de labrado bastan para dejar estupefactos al visitante.

Un apartado interesante lo constituyen los moldes de arcilla para estatuillas de divinidades, ej. Cibeles y matrices con ornamentación vegetal para vasos anaglifos.

Pero la maravilla mayor está representada por el hallazgo en Vergina, antigua Egés, durante las excavaciones de 1977 dirigidas por Manolis Andronikos, de la tumba hipogea no expoliada de Filipo II, descubrimiento sin igual desde las tumbas de Micenas.

Se trata de un templete con dos cámaras reales de más de 100m. de largo, fachada pintada con escenas de caza y columnata jónica; armas, vajilla de plata y utensilios de bronce, corona y diadema de oro, estuche repujado y dos urnas laminadas en oro con los restos incinerados del padre de Alejandro, íntegras con rica decoración y en perfecto estado, constituyen objetos únicos y de una incomparable magnificencia; suponemos en Andronikos una emoción comparable a la de Schliemann cuando creyó ver en Micenas ante una mascarilla real de oro, el rostro de Agamenón, o mayor, puesto que aquí la certidumbre era verificable y las riquezas cuantiosas. La maqueta del templete y el armado de las cámaras con las urnas y demás piezas eran para el estupefacto visitante algo más que una realidad virtual.

Dos cabezas conocidas e inolvidables de Alejandro muestran esa noble tensión al heroísmo que fue su peculiaridad y son piezas claves para caracterizar el período helenístico.

La última etapa corresponde a la Macedonia romana iniciada como provincia senatorial a partir de la batalla de Pidna en 168 a. C. extendiendo su territorio desde el Jónico al Mar Negro; entonces la Via Egnatia, primera calzada romana en esas tierras vertebró el territorio desde Dirrachium a Bizancio desarrollando poblados, castra militares, acueductos, puentes, etc. y la consiguiente prosperidad. Con el Imperio varias ciudades recibieron el *status* de la *libera civitas* disfrutando de largos períodos de paz. Macedonia se hizo bilingüe adquiriendo

una imagen urbanística latina donde los antiguos templos griegos convivieron junto a foros romanos, arcos de triunfo, termas o palestras de bellísimos mosaicos. Esta romanización permitió paradójicamente la conservación de la tradición helénica que llegó así intacta a Bizancio; también el Cristianismo fue conciente del valor de esta Macedonia latinizada, cruce de civilizaciones y puente entre dos mundos, basta recordar los destinatarios de Filipos y Tesalónica en las Epístolas paulinas.

Para terminar: la experiencia vivida se define con el verso de J. Keats *A thing of Beauty is a joy for ever*.

M.D.B